

CAPÍTULO XV.

Stradivarius.

Por lo que vamos á ver, lo mismo el ahijado que el padrino, querían honrar en todo lo posible el festín á que se hallaban invitados.

Cada uno en su respectiva habitación hacía á la misma hora y con igual esmero, y según su gusto, la *toilette* con que habían de presentarse en la modesta casa de la viuda.

El comandante aspiraba á rodear su persona de aquella arrogancia conquistadora que la imaginación atribuye á los héroes de la guerra; y, en honor de la verdad, la dureza de sus facciones, lo macizo de sus hombros y el aplomo marcial de su continente, le daban cierto derecho á reclamar para sí el honor de la audacia y de la fuerza.

Delante del espejo, como un general delante del enemigo antes de comenzarse la batalla, estudiaba las ventajas y las dificultades del terreno, calculando bien el valor estratégico de todas las posiciones. Si no á agradar precisamente, el comandante aspiraba por lo menos á producir efecto.

Parecióle al pronto demasiado áspera la expresión de su entrecejo; pero convino después consigo mis-

mo en que, para los momentos decisivos, sería de un poder irresistible.

Advirtió también que su cabeza empezaba á encanecer; mas el pelo que la cubría, espeso, corto y fuerte como el de un cepillo, daba á su frente la energía de la juventud. Además, el bigote, todavía completamente negro, de largas guías caídas sobre los extremos de la boca, acentuaba marcialmente la virilidad de sus facciones medianamente regulares.

Eligió un vestido blanco, por ser el más propio de la estación y del clima, y tal vez porque, en medio de sus belicosos proyectos, pensaba ante todo proponer la paz; mas para no ocultar lo decidido de su empeño, anudó al cuello de la camisa una corbata de color de fuego, como si quisiera dar á entender que llevaba en la garganta el terrible grito del combate.

Por lo demás, los botones que sujetaban la pechera de la camisa eran dos hermosos brillantes, y los gemelos de los puños eran dos revólvers de oro primorosamente trabajados.

Cogió un sombrero de paja, y se lo colocó sobre la frente con desenfado, y contemplándose en el espejo algunos instantes, no pareció descontento de su presencia.

Entre tanto Gabriel, sin cuidarse mucho de las advertencias del espejo, abandonaba los rizos castaños de su cabeza al capricho de sus naturales ondas. Pocas vacilaciones podía ofrecerle la elección del vestido, porque en su pequeña maleta de viaje no había más que dos, y ambos eran negros. Eligió el mejor, el más nuevo, el más fresco, y pronto apareció completamente vestido de luto, sobre cuya triste oscuridad resaltaban la azulada blancura del cuello y de los puños de la camisa, y la blancura

pálida de su rostro, donde asomaban ya las sombras rubias de su naciente barba.

El comandante se dirigió á casa de su hermana, bajando por la escalera del corredor, y Gabriel tomó el camino opuesto, pues salió á la calle y entró por la puerta principal de la casa.

Rosalía los esperaba ya en la sala que conocemos; y al sentir los pasos de su tío, se sentó con aparente indiferencia; mas al verlo entrar se puso de pie con fingida sorpresa, le salió al encuentro, y sonriéndole dulcemente, le dijo:

—¡Qué tarde!....

—Son las seis en punto (le contestó el comandante; y mostrándole la esfera de su magnífico reloj de oro, añadió): Mira si te engaño.....: faltan dos minutos.

—Eso es (replicó ella): la hora precisa de sentarse á la mesa.

Esta reconvencción era halagüeña, y el comandante quiso premiarla estampando un beso en la frente de su sobrina; pero Rosalía echó atrás casualmente la cabeza, y el beso sonó en el aire.

—¡César!.... (gritó hiriendo el suelo con la planta de su pie impaciente.) ¡Á ver si callas!

El perro, que desde la entrada del comandante gruñía enojado debajo de una silla, ahogó los gruñidos amenazadores al oír la voz de su ama, y ésta, volviéndose á su tío, anudó la conversación, diciendo:

—¡Dos minutos!.... Es decir, un abrir y cerrar de ojos.... Y aún tendremos que esperar, pues veo que ha venido V. solo.

—Por mi parte (dijo el comandante), no tengo prisa ninguna, y me resigno á esperar hasta mañana, si tú te avienes á hacerme compañía.

La respuesta de Rosalía fué sentarse, yo no sé si con abandono ó con impaciencia; pero es el caso que miró á su tío un momento, y bajó los ojos. Él por su parte recogió con visible agrado la expresión de esta mirada, y acercando una silla á la de su sobrina, le dijo:

—No te enojas conmigo; porque has de saber que siento un vivo deseo de complacerte en todo.

—¿En todo?....—repitió Rosalía.

—¿Lo dudas?.... Vamos á ver: ¿qué deseas?

Antes de contestar á esta pregunta, vaciló, y al fin dijo resueltamente:

—Nada.

—¿Lo crees así?

La hija de la viuda bajó la cabeza, como si de este modo pudiera evitar que las tenaces miradas de su tío descubrieran el vivo carmín que había encendido sus mejillas.

—¿Quieres que lea en tu corazón?—volvió á preguntarle bajando la voz.

—No,—contestó ella.

—Bien.... quieres ser adivinada.... ¡Es natural!.... Así son todas las mujeres... Pero hagamos las paces. Los dos estamos en el secreto.... Tú también adivinas mi deseo.... ¿No es esto? Yo quiero que seas dichosa.

Rosalía cogió la mano de su tío, y la besó con gratitud sincera, diciendo:

—No es posible.

El hermano de la viuda se irguió con aire triunfante. ¡Oh qué torpe es la malicia!

En aquel momento apareció en la puerta la figura enlutada de Gabriel, que esperaba sin duda permiso para entrar en la sala.

—¡Adelante!—exclamó Rosalía.

Ciertamente no había ningún motivo que excusara la frialdad con que Gabriel fué recibido. Rosalía lo invitó á entrar casi sin mirarlo, con cierta indiferencia, con cierto desdén, y, si nos es permitido adelantar el juicio, diremos que con cierto despecho.

Es verdad que, aunque parecía distraída é indiferente, lo miraba de reojo; pero esta manera de mirar no se ha averiguado todavía que sea una señal de agasajo.

Por lo que hace al comandante, no disimuló su descontento, pues volvió hacia Gabriel los ojos airados, aunque bien es verdad que contuvo en seguida la espontánea expresión de su enojo.

Gabriel se adelantó con aire desembarazado, algo aumentada la habitual palidez de sus mejillas, y con voz no del todo segura, saludó á Rosalía.

En esto entró la viuda, diciendo:

—Ea, señores; á la mesa.

No había llegado á la alta sociedad de este pueblo la galantería de ofrecer el brazo á las señoras para conducir las á la mesa; de modo que en estos casos de convites, muy poco frecuentes por otra parte, se prescindía de semejante atención, sin que el buen tono la echara de menos. Pero el comandante conservaba, por lo visto, esa costumbre, adquirida en el trato del gran mundo, y ofreció el brazo á su sobrina. La viuda no quiso ser menos que su hermano, y tomó el brazo de Gabriel. Así llegaron al comedor, donde ya los esperaba el P. Antonio.

La comida, preparada por Gil y servida por Berta, fué excelente, y el comandante, más alegre que de costumbre, celebraba con verdadera efusión lo exquisito de los platos. También Rosalía estaba más habladora que de ordinario, más movible y más

risueña. Los que saben leer al través de las apariencias, acaso hubieran advertido que se ocultaba alguna inquietud en el fondo de aquella alegría. ¡Pobre condición humana! Detrás de la risa está siempre el llanto.

Gabriel parecía algo llamado al interior; pero salía con frecuencia de sus íntimas meditaciones para contestar á las continuas preguntas que la viuda le dirigía. Á una de éstas contestó:

—Sevilla es hermosa; es la ciudad del amor, de la poesía, de la pintura y de la música; su historia está escrita en las piedras seculares de sus monumentos. Yo le profeso un gran cariño. Allí nací, allí he pasado mi infancia.... allí.... está enterrada mi madre; pero al salir de ella me despedí por mucho tiempo.

—Eso quiere decir (advirtió la viuda) que pasará V. el invierno con nosotros. Esto ofrece bien poco, y por lo mismo agradecemos mucho que no nos abandonen los que tienen alguna vez la bondad de visitarnos.

—Conservaré siempre (contestó Gabriel) el recuerdo de mi estancia aquí; pero no debo prolongarla.

Mientras Gabriel y la viuda hablaban de este modo, el comandante refería á su sobrina un accidente de la guerra de África en que él era el héroe. Ella miraba atentamente á su tío, que, con la mirada encendida por el recuerdo del combate, decía:

—Me encontraba solo, y tenía ya dos moros tendidos á mis pies. Entonces se lanzó sobre mí uno de aquellos salvajes, y, apoyando en mi pecho el cañón de su espingarda, hizo fuego.

Pronunció el comandante estas últimas palabras

en el momento mismo en que Gabriel anunciaba á la viuda, de la manera que hemos visto, su próxima partida.

Rosalía, con los ojos fijos en su tío y los oídos Dios sabe dónde, exhaló un grito ahogado, poniéndose sumamente pálida.

—No te asustes (añadió el comandante). El moro hizo fuego; pero la bala pasó sin tocarme.

—¡Un milagro!—exclamó el P. Antonio.

—Sin duda, señor cura: algún Santo de mi especial devoción separó la espingarda de mi pecho en el instante crítico, por supuesto valiéndose para ello de mi propia mano.

La viuda y el P. Antonio cambiaron una mirada de inteligencia, comprendiendo ambos la ironía de la frase que acababan de oír en boca del comandante.

La primera se inclinó hacia Gabriel, preguntándole:

—¿De manera que ahora no vuelve V. á Sevilla?

—No, señora (le contestó). Ahora voy á Madrid. Es preciso. Si Dios me ayuda, completaré allí los primeros estudios, y después iré á Alemania, á oír á los grandes profesores la música clásica de los grandes maestros.

Todos callaron, y él prosiguió diciendo:

—Mi nombre es oscuro.... Nada soy y nada valgo; pero el espacio es grande; admiro el genio, y lo envidio.

—¡Ah! (exclamó Rosalía sin levantar los ojos del plato.) ¡Qué ambicioso!

—Mi ambición, señorita (le contestó), es una quimera.... ya lo sé; mas así lograré apartar mi corazón de otras ambiciones, tal vez más quiméricas.

Cualquiera habría dicho que exhalaba en esas

palabras la amargura de algún desengaño; mas nadie intentó consolarlo, porque todos guardaron silencio; solamente Rosalía levantó los ojos, dejando ver en ellos un rayo fugitivo de ternura.

La viuda dijo:

—El mundo es muy peligroso.

—¡Friolera! (exclamó el P. Antonio): como que es uno de los tres enemigos del alma.

—Y V. (añadió la madre de Rosalía) es demasiado joven.... Además, solo....

—¡Solo!.... (repitió Gabriel.) No, no estoy tan solo en el mundo. Llevo ante todo conmigo la memoria de mi madre, y me sigue adonde voy un compañero inseparable, un amigo íntimo, un maestro severo que no disimula mis faltas; el confidente de mi corazón.... Todo lo que él dice es lo que yo siento.

—¿Y cómo se llama?—preguntó la viuda.

—Se llama (contestó) Stradivarius.

Ni el comandante, ni Rosalía, ni la viuda, ni el P. Antonio habían oído nunca este nombre; así es que se quedaron con la boca abierta. El primero quiso excusar su ignorancia, exclamando:

—¡Bah! Estos artistas han sido siempre extravagantes é incomprensibles.

Y alzando la voz, gritó:

—¡Gil!.... Mi pipa.

—Espera un momento (le dijo su hermana) queda otra cosa.

Y dirigiéndose al P. Antonio, añadió:

—Demos gracias.

Cruzó el sacerdote las manos sobre la mesa, recitando la oración de gracias y rezando un *Padre nuestro* y un *Ave María*. Luego el comandante pidió su café, su ron y su pipa. Rosalía se escurrió

muy suavemente, y sin decir palabra desapareció, y á los pocos instantes llegaron al comedor los acentos del piano.

—¡Soberbia idea! (exclamó el comandante): después del banquete, la serenata. No soy muy aficionado á la música; pero me parece que el violín y el piano deben hacer buena mezcla, como la que hacen las cornetas y los tambores.... Vamos, Gabriel; completa tú la orquesta.

Rosalía ejecutaba *La Oración de una virgen*; aquella sencilla y tierna melodía que repasaba el día que por primera vez la oímos; pero las dificultades que entonces la desesperaban estaban ya vencidas, y la *Oración* brotaba de las cuerdas del piano con precisión admirable. Gabriel escuchaba con toda su alma de artista.

De pronto se levantó, salió del comedor, atravesó el jardín, y subió á su cuarto. Allí introdujo apresuradamente una llave en la cerradura de la caja que antes vimos, y el pequeño ataud se abrió como un estuche, dejando ver un violín y un arco. Cogió este instrumento mudo hacía ya cuatro meses, y lo afinó, dirigiéndose de nuevo á la casa de la viuda.

Poco después las notas del violín se confundían con las notas del piano, enlazándose en armonioso conjunto.

—¡Diablo! (exclamó el comandante apurando el ron que quedaba en la copa.) Esos dos instrumentos parece que hablan.

En efecto : el violín y el piano habían entablado un diálogo tierno, íntimo y misterioso. Los dedos de Rosalía imprimían en las teclas acentos que llegaban al alma, y el arco, temblando en las manos de Gabriel, palpitaba sobre las cuerdas, arrancando al violín frases apasionadas en notas brillantes y en

dulcísimos trémolos. Ambos instrumentos, si es posible decirlo así, se quitaban el canto de la boca: la melodía empezada por uno, la concluía el otro, é inspirándose mutuamente, parecían animados por un mismo sentimiento.

Cuando terminó esta pieza concertante improvisada, la viuda y el P. Antonio se hallaban en la sala, y pudieron observar el vivo sonrosado que animaba las mejillas de Rosalía y la palidez que bañaba la frente de Gabriel, y pudieron advertir también que los ojos de ambos jóvenes se encontraron como si se buscaran.

—Este es (dijo Gabriel, mostrando el violín á la viuda) mi íntimo amigo, mi fiel confidente y mi severo maestro.... Es un Stradivarius.

—¡Caracoles!.... (exclamó el P. Antonio.) ¿Por qué le ha puesto V. al violín ese nombre tan revesado?

—Es el nombre (contestó el joven) que le ha dejado su padre.

—¡Santo Dios!.... ¡Los violines tienen padre!....

—Será (añadió la viuda) el nombre del que lo hizo.

—Eso es, señora. Stradivarius quiere decir genio.

Rosalía soltó una carcajada, porque el P. Antonio se quedó estupefacto al oír que un constructor de violines podía ser un genio.

Entre tanto el comandante, entregado á los horrores de la digestión, fumaba ampliamente en el comedor al compás de la música. Allí, en el fondo de su pensamiento, debía sonreírle la satisfacción de algún deseo profundo, porque se reflejaba en su rostro la fatuidad de los héroes que se duermen sobre sus laureles; sin duda en su interior, comparándose á Julio César, exclamaba : «Vine, vi y vencí.»

Casi al mismo tiempo su hermana, hablando con el P. Antonio en voz muy baja, movía tristemente la cabeza, y decía:

—No reza.... no sabe, ó no quiere rezar. Mientras nosotros dábamos gracias, él tocaba el tambor con los dedos sobre el mantel de la mesa.

—Como Dios no haga un milagro (añadía el padre Antonio), es cosa perdida.... En cambio estos dos ángeles....

—¡Silencio! —murmuró la viuda.

Y bajando más la voz, dijo casi entre dientes:

—En ellos tengo mi esperanza.

Los dos ángeles á que se refería se hallaban á la vez engolfados en animada conversación; hablaban de música como dos profesores consumados. Ella, sentada delante del piano, y él de pie, recordaban los pasajes más bellos de la música dramática que empieza en *El Barbero de Sevilla* y acaba en *La Traviatta*, es decir, que nace en manos de Rossini y muere en manos de Verdi. Los dos jóvenes se entendían perfectamente, porque el arte había puesto en estrecha comunicación sus dos corazones; ambos participaban del mismo gusto y del mismo entusiasmo.

Gabriel hizo gemir las cuerdas de su Stradivarius con aquella ternísima frase de *La Sonámbula*:

Ah! per che non posso odiarli.

El violín sollozaba con acentos ahogados, como si sólo Rosalía debiera oírlo, como si en aquel momento la hiciera una dolorosa confidencia. Apenas terminó el primer tiempo, cuando el piano, impaciente, prorumpió en el canto del quinteto final de la misma *Sonámbula*. ¿Era una respuesta?

El comandante, que había agotado ya el tabaco de su pipa, entró en la sala, diciendo:

—¡Demonio! Ese violín parece que está agonizando, y ese piano parece un Jeremías.... ¡Bah! No me ha gustado nunca la música llorona.... ¡Ea!: dejad esos cantos que parten el alma, y venga una pieza militar, un paso doble: aunque sea el paso de ataque.

En otra ocasión, Dios sabe cómo hubiera recibido Rosalía esta brusca interrupción de su tío; pero en la ocasión presente se hallaba, por lo visto, con ánimo dispuesto á la mayor benevolencia. Así es que oyó las palabras del comandante con la sonrisa en los labios; y, deseosa de complacerlo, cambió de ritmo, haciendo sonar los primeros compases de la marcha del *Roberto*.

—¡Bravo! (exclamó, celebrando más bien la complacencia de su sobrina que la música de Meyerbeer.) Eso es otra cosa.

—Ni eso ni lo otro (dijo el P. Antonio) sirven para descalzar á la música sagrada.

—Es verdad (añadió Rosalía); y si no, oigan Vds.

Y diciendo y haciendo, entonó, con voz cuyo timbre hacía estremecer, el augusto cántico del *Pange lingua*. El violín la acompañaba con acento sobrehumano.... era el genio de Stradivarius que ensalzaba á Dios en las cuerdas heridas por el arco.

La viuda se hallaba conmovida, el P. Antonio absorto, y el comandante suspenso.

Al terminar este himno, interminable como Aquél á quien va dirigido, Gabriel dijo:

—El tesoro de la música está en el *canto llano*: el Oficio de difuntos es la obra maestra del genio cristiano.

Y arrancando al violín los terribles acentos de

una voz tremenda, hizo temblar el aire con las pa-
vorosas notas del *Dies irae*.

¡Singular combinación!: aquel concierto improvi-
sado, que empezaba por las ternuras del amor, con-
cluía por los terrores de la muerte.

—¡Basta.... basta! (exclamó el comandante.) Ese
roncar del violín me parté los oídos.

Después cogió su sombrero, y dió las buenas
noches.

Rosalía se colgó á su brazo con cariñoso afecto,
y lo acompañó hasta el pie de la escalera, diciéndo-
le al despedirse:

—Tengo su palabra, y no la suelto.

Su tío la oprimió la mano por toda respuesta, su-
biendo la escalera con aire triunfante.

Al volver á la sala, Gabriel y el P. Antonio se
despedían de la viuda, y Rosalía los saludó con una
doble mirada, que quería decir: «Hasta mañana.»

Luego se acercó á su madre, se sentó á sus pies,
y apoyando los brazos sobre las rodillas de la viuda,
entabló con ella el diálogo siguiente:

—Madre.

—Hija.

—Gabriel quiere aborrecerme.

—¡Qué dices!....

—Digo que quiere, pero que no puede.

—¡Que no puede! ¿Por qué?

—Por que no.

—No te entiendo.

—¡Ay qué torpe! Cuando no se puede aborrecer
á una persona, es señal de que se la quiere mucho.

—Puede ser.

—Pues bien: Gabriel....

—¿Te quiere?

—Sí.

—¿Lo presumes?

—No; lo sé.

—¿Y tú?....

Rosalía apretó contra su corazón la mano de su
madre, diciendo:

—Yo....

—Pero, hija mía, Gabriel se va.

—No se irá.

—¿Y mi hermano?

—¡Bah!.... Tengo su palabra.

—¿Su palabra de qué?....

—De complacerme en todo.

—No es bastante.

—Veremos.

—Creo que Gabriel siente hacia ti un tierno in-
terés.... mi corazón lo sospechaba; pero nunca creí
que se atreviera á confesártelo.

—Él no me ha dicho ni una palabra.

—¡Entonces, quién!.... ¿El P. Antonio?

—Tampoco.

—¿Quién entonces?

—Su amigo íntimo, su compañero inseparable,
su maestro, su confidente, su genio....; en una pa-
labra: *Stradivarius*.

La viuda no hizo más preguntas, ni Rosalía tuvo
que dar más respuestas.